

Un Viaje de IDA y VUELTA

- 1.- Vicente**
- 2.- Valentín**
- 3.- Carlitos**
- 4.- Daniel**

Emilio MARÍN TORTOSA
Cuatro relatos cortos

II.- “VALENTIN”

Valentín no tuvo claro lo de su origen, y por lo tanto de su lugar de nacimiento. No había conocido a pariente alguno a quién preguntar sobre el particular, y los habitantes del barrio portuario donde se crió, eran personas en su mayoría nómadas que deambulaban de acá para allá sin tener ni conocer raíces en ningún lugar. Eran aves de paso y, por lo tanto, sin árbol genealógico ni aptos para pedir referencias sobre el suyo. Él creía haber nacido allí, cosa esta bastante insulsa; él, con espíritu aventurero, tenía como más apropiado ser el fruto de un naufragio que llegó a aquel puerto arrastrado por alguna extraña corriente marina desconocida en aquellos parajes. Nadie le acogió en su casa, nadie se ocupó de él, creció en la calle entre el trájín del puerto y la puerta trasera de las tabernas donde siempre había alguna sobra de comida que llevarse a la boca. Pronto aprendió a conocer a los marineros y a los viajeros que permanecían algunas horas en el puerto. Supo de sus necesidades, de sus deseos, y de sus urgencias, y se prestaba a hacer recados y servicios poco claros a aquellas gentes, y así se iba ganando la vida. Era despierto, trabajador y servicial, igual conseguía una habitación por horas a algún viajero deseoso de descanso, como les conducía a algún prostíbulo, o casa de juego, donde satisfacer sus más bajas pasiones. Valentín niño, era conocido de todos en el puerto.

El huérfano crecía, y su audacia con él. Pronto quiso dedicarse a actividades de mayor calado lucrativo. Andaba todo el día entre las cajas y fardos de la carga y descarga de los barcos. Era un trájín incesante de hombres y mercancías, y el muchacho se dio cuenta de lo fácil que podía resultar que alguna de aquellas mercaderías se distrajera rumbo a algún sitio anónimo, y que el transportista de ellas bien podría ser él mismo. Dicho y hecho. Amparado en el ir y venir de tantos hombres cargados de cajas y fardos, pudo pasar inadvertido un estibador más. Así pronto tuvo un verdadero repostillo de toda clase de mercancías en un lugar seguro: un almacén derruido por un incendio. Allí, en el sótano que había quedado a salvo del fuego, por una puerta desconocida, y que él descubrió por casualidad en una de sus correrías, mantuvo a salvo su botín hasta que decidió darle salida vendiéndolo a buen precio a los viajeros que seguían viaje tierra adentro en caravanas que partían cada seis meses del puerto. También los marineros eran buenos clientes del rico licor que siempre tenía en su almacén como producto de su cada vez más audaz rapiña.

La vida da vaivenes en su transcurrir. La rutina que entendemos como tal es tan solo una parte entre dos cambios. Y así sucedió, la buena suerte que parecía favorecer a nuestro amigo en su bien instalado negocio, pronto tenía que mudar hacia otro estadio diferente, y este no podía ser otro que el contrario, o sea: el de la mala suerte. Y es que la confianza, la seguridad que da el estar instalado en una ola de buena fortuna, se trunca si se descuida la natural prudencia y cautela que debe regir en quienes viven al margen de la Ley, en el filo de la navaja, y ese es siempre un terreno resbaladizo. Las calles de aquel barrio portuario, tierra de marginados y damnificados de la sociedad,



vieron salir de aquella situación, con demasiada ostentación, a uno de sus vecinos más humildes, al huérfano, arropado por un buen vestir, y por unos bolsillos llenos y muy generosos y, aunque todos celebraban aquello, pues eran partícipes de su bonanza, pronto acudió, en la oscuridad y el anonimato, gente de otros lugares atraídos por tan lucrativa actividad.

Valentín acude, como cada día, a su escondrijo para hacer balance de su contenido y para preparar las próximas entregas. Aquel día, al entrar, nota que algo allí dentro no estaba bien. Algo en el interior de su refugio no estaba como tenía que estar. Alguien había entrado allí en su ausencia, y había manipulado su mercancía. Se notaba el desorden: sacos fuera de su lugar, cajas abiertas y despojadas de su contenido por el suelo, y botellas rotas. Siente un escalofrío de miedo al entrever en las sombras la silueta imposible de un fantasma. Un temible pirata, del que había oído hablar en el puerto, con su gancho en una mano de hierro, y la ensangrentada espada en la otra, que camina hacia él con una clara intención de acabar allí mismo con su vida. Ante la terrible visión, pues de eso se trataba, de una visión, de una imagen de su imaginación y de su miedo, que obró en él lo que el pirata, de ser verdad, hubiera deseado: Una estampida. Una desesperada huída hacia el exterior.

Fuera, una bofetada de aire húmedo y salubre, le detiene. El muchacho respira con agitación, está al borde de un ataque, su corazón parece que no puede soportar la presión de su respiración, y amenaza con pararse dejándole tendido sobre las piedras del rompeolas. Se deja caer en el suelo. No puede seguir corriendo ni andar. Está cansado, acobardado por el miedo, creía que iba a morir en el interior de su refugio. Poco a poco se serena. Pero, ¿qué había ocurrido? ¿Qué era lo que había visto en realidad? ¡Nada! Todo era producto de su miedo al ver que alguien había encontrado su escondrijo. Tiene que serenarse y volver a su refugio, es mucho lo que hay allí dentro. Su vida, su futuro depende de toda la riqueza que había reunido con aquel negocio, no podía permitir que un miedo súbito lo echara todo a perder. Recoge un palo, como arma defensiva, y se dispone a entrar en el sótano.

Vuelve sobre sus pasos, y con toda cautela y precaución, llevando el palo por delante, entra en el sótano. Todo aparece tranquilo en el interior, y no hay rastro del terrible pirata. Valentín sonrío de su mismo miedo, no obstante era claro que alguien había profanado su escondrijo, y su miedo no estaba infundado. ¿Quién, o quienes eran los intrusos? La duda sobre la naturaleza de su enemigo le vuelve a perturbar, ya no se siente seguro allí abajo, debe tomar una determinación sobre qué hacer. No sabe cuanto tiempo ha estado paseando arriba y abajo del almacén hasta que toma una determinación: ya era tiempo de emigrar a un lugar más seguro. Recogerá las pertenencias más imprescindibles, y, en una caravana que estaba por partir tierra adentro, saldría del lugar de la manera más discreta posible. Pagará el pasaje en la carreta de uno de sus clientes. El dinero no iba a ser un obstáculo.



Valentín viaja en la caravana dentro de una carreta perteneciente a un joven de su misma edad, el cual había heredado la responsabilidad de la carreta cuando su padre, único ocupante con él

de la misma, murió de una extraña enfermedad durante el anterior viaje. Los dos jóvenes se conocían porque era uno de sus mejores clientes, siempre cargaba de los

productos que se encontraban en el refugio. Buen cliente, y también buen compañero de juergas durante el tiempo que la caravana permanecía en la ciudad.

Ahora, los dos hablaban sobre qué es lo que haría Valentín cuando llegase la caravana a su destino, una ciudad del interior, donde, según las últimas noticias, se había descubierto oro en las montañas cercanas. ¿Iría en busca de oro? ¿O continuaría viaje en busca de otros lugares más tranquilos? En esa discusión pasaban las horas y los días, aunque esto, en un viaje tan largo no tenía mayor importancia, había que entretener el tiempo de alguna manera, y esa, la de hacer planes para el futuro, era tan buena como otra.

Valentín tenía buen dinero guardado en su escaso equipaje, nadie, viendo sus condiciones de viaje, pensaría que llevaba con el casi una fortuna. Pero aquello no le importaba a nadie. Por su lado, su compañero de viaje, también guardaba en un banco de la ciudad donde tenía el principio y final de sus viajes, unos buenos ahorros. Pronto dejaría la carreta y se instalaría con un negocio en cualquier lugar de aquella ruta. Era joven y aquella vida nómada no le atraía nada, solo obligado por su padre la soportaba, pero ahora que él ya no estaba, no tardaría en poner fin a esa situación. Todo eran planes, pero lo cierto es que ninguno de los dos sabía a ciencia cierta qué harían en su futuro más inmediato.

Fin del viaje. Al llegar a la ciudad era necesario ocuparse de la mercancía transportada. Un almacén general era el destino de la mayoría de las carretas que componían la caravana, y la carreta del amigo de Valentín, también se detuvo en la puerta del mismo. Algo había cambiado en aquella ciudad, desde el descubrimiento del oro, los forasteros, buscadores de oro, y ventajistas que acudían al olor de la riqueza fácil, llenaban las calles, los hoteles, y los lugares de diversión. Los dos amigos no pudieron encontrar habitación donde descansar de su pesado viaje, y tuvieron que seguir haciéndolo en el interior de la carreta después de que ésta fuese descargada en el almacén, cosa que tampoco fue fácil, pues el personal del mismo estaba muy ocupado atendiendo a los que demandaban los útiles necesarios para destripar las rocas en busca del preciado mineral. En definitiva, la ciudad estaba inmersa en el caos.

Milton, el dueño de la carreta donde ahora descansaba junto a Valentín, a pesar de que había hecho muchos planes sobre su futuro desde que quedó huérfano en plena ruta y tuvo que hacerse cargo en solitario del negocio, no tenía muy claro qué hacer. Tenía un negocio en funcionamiento, con buenos resultados económicos, pero que a él no le gustaba, así como un compañero, y amigo, que no sabía quién dependía de quien. Tenía claro que el dueño del negocio era él, pero también reconocía que la habilidad para vivir por libre de su compañero era mayor que la de él, que siempre había estado bajo la disciplina y tutela de su padre. La prueba de su inexperiencia era la misma duda que ahora tenía sobre qué hacer si dejaba la carreta. Estaba seguro que Valentín ya sabía lo que haría mañana mismo. Y en eso no andaba muy desencaminado.

La noche transcurría en un aparente y profundo sueño para Valentín. Lo cierto es que no era más que una pantalla de humo para que su inquieto amigo no molestase sus cavilaciones. Su insomnio era productivo. Sabía lo que tenía que decir, solo quedaban algunos flecos sueltos para cerrar el plan que pensaba exponerle en cuanto se hiciese de día. Tampoco a él le apetecía rodar día tras día dentro de aquella carreta, a él le gustaba más la estabilidad de un lugar donde montar un negocio, se movía mejor en lugares conocidos ya que el éxito de un negocio, él así lo creía, se basaba en la confianza de los clientes, aunque aquello tal vez tuviera que cambiar igual que habían cambiado las circunstancias en su vida. Ahora era nómada. Su plan consistía en lo siguiente: marcharían con la carreta hasta los campamentos mineros donde podrían montar un almacén general donde venderían de todo. Los buscadores de oro, hombres solos,

tendrían toda clase de necesidades, hasta de lo más imprescindible para la vida diaria, y ellos estarían allí para proporcionárselo, a un precio prudente, pero con buenos beneficios. Ambos contaban con ahorros suficientes para llenar la carreta con productos no perecederos y de necesario consumo. Y si era necesario adquirirían otra carreta, la mitad de los componentes de la caravana habían anclado las suyas para ir en busca del preciado metal. Dicho y decidido: marcharán rumbo a los campamentos mineros con su carreta.

Apenas clareaba el día, Milton y Valentín ya tienen aparejada la carreta. En su interior estaba colocada la mercancía. Llevaban de todo lo que su experiencia como buhoneros les hacía entender que serían buscadas por los habitantes de los lugares por donde tenían que pasar: enseres domésticos, telas, y hasta herramientas tan necesarias para arrancar el preciado metal del interior de la mina, como del agua de los arroyos. Una buena mercancía que les reportaría sustanciosos beneficios en la cuenca minera. También por el camino podrían hacer negocio en algunos de los pueblos por donde tenían que pasar.

Durante las largas horas de marcha, los jóvenes no dejaban de charlar sobre lo bien que les iba a funcionar el negocio que ahora comenzaban. Milton era un joven de aspecto fornido, no demasiado alto, pero ancho de espaldas y musculoso, muy apropiado para el oficio de carretero. En cambio Valentín era alto y espigado, más parecido al tipo de un torero o de un bailarín, pero dada la vida de aventuras y desventuras que había vivido pese a su juventud, era fuerte y nada le podía asustar de la vida de un caravanero. De noche, si tenían que acampar al aire libre, uno hacía la guardia mientras el otro dormía.



La marcha era lenta, como cabía esperar con una carreta tan cargada, pero a ratos se hacía amena pues eran muchos los que coincidían en el mismo camino, la ruta en busca del oro, y en los lugares de acampada cerca de un riachuelo, o a las afueras de una población. Se hacía preguntas, se comentaba, y todo en una misma dirección: el oro. El resplandor de la fogata hacía brillar en los ojos la codicia por el preciado metal.

Valentín, tumbado bajo la carreta sobre una manta para resguardarse del relente de la noche, trata de dormir. Pero su mente está inquieta ante la aventura que acababa de comenzar junto a Milton, el fornido carretero, mucho más hecho que él a la vida nómada, y por tanto tendrá que llevar la dirección durante la travesía. Otra cosa será en cuanto tengan que negociar por las mercancías, él tenía más experiencia en lo del regateo y en el conocimiento de la gente; entonces él tomará el mando. Mientras los dos tendrán que permanecer alertas, un mal paso durante el largo camino podría ser perjudicial para la finalidad del viaje. Se toparán con toda clase de gente: truhanes, ventajistas, logreros, y toda clase de forajidos; también gente honrada como ellos, pero de estos nada tenían que temer. Por eso montaban guardia durante la noche, una carreta bien cargada, y una pareja de buenas mulas, siempre era plato apetecible para los ladrones, y seguro que en aquel camino había muchos. Estaría alerta.

Tampoco Milton duerme muy tranquilo. Cuánto había cambiado su vida: siempre había vivido bajo la tutela y el amparo de su padre. En cambio ahora estaba

solo al frente de un negocio del cual nunca se había preocupado mucho, su padre lo manejaba todo, y no le gustaba, por eso aceptó el cambio propuesto por Valentín y estaba embarcado en aquella nueva aventura junto a su compañero, que a pesar de tratarle desde hacía bastante tiempo, en realidad era un desconocido para él. ¿Acaso Valentín no había vivido siempre de una actividad fuera de la Ley? ¿No querría convertir el nuevo negocio en otro semejante al que estaba acostumbrando? El no quería eso. El quería seguir viviendo como hasta entonces con una actividad legal que no le pusiera a merced de alguna autoridad que le quisiera chantajear. Tendrá que mantenerse alerta.

La travesía era larga. Los días pasaban en la monotonía del lento paso de la carreta. En realidad como no sabían a qué distancia estaba su meta, tampoco tenían por qué tener prisa: cuando llegasen a un lugar que considerasen adecuado para su negocio, pondrían fin a su viaje. Mientras, cada cual seguía con sus pensamientos y recelos; aunque la convivencia entre los dos era buena, habían aceptado el papel de cada uno y hasta entonces todo transcurría con normalidad. A veces se apartaban del camino para detenerse en algún poblado que les salía al paso. Necesitaban abastecerse de comida, y también dormir por una noche en una cama. Esas paradas las aprovechaban para dar salida a algunas de las mercancías que transportaban, y así se dieron cuenta de lo acertado de su negocio, las gentes de aquellos lugares apartados siempre necesitaban de alguna cosa, por ello sacaban un buen precio que les proporcionaron las primeras ganancias. Cada uno veía engordar su cinturón donde guardaban el dinero a partes iguales. Eran socios.

La llanura se extendía ante ellos con la amenaza de que nunca se iba a terminar. Seguían las rodadas que les habían precedido en aquella ruta como si las mulas que tiraban de la carreta supieran que aquel era el camino más seguro. De vez en cuando un grupo de árboles les servía de excusa para hacer una parada al refugio de su sombra. Así se rompía la rutina de aquel rodar sin fin, hasta que llegaban a una venta, a orillas del camino, que les brindaba buena comida y un descanso más confortable. Y en una de aquellas paradas ocurrió algo que iba a cambiar las circunstancias del viaje.

Los dos amigos han metido la carreta en el patio de la venta, han desenganchado y atendido a las mulas, y están sentados en una mesa ante sendos platos de un oloroso y tentador potaje. Se miran y sonríen cómplices: todo estaba saliendo a pedir de boca. En la venta habían más clientes, las mesas a su alrededor estaban todas ocupadas y el ventero trajinaba con agilidad para atender a los comensales; de la cocina, de vez en cuando, salía una chica para ayudar en el reparto de la comida. No permanecía en el comedor más que el tiempo justo para depositar sobre las mesas los platos, rápidamente se volvía a la cocina. Tal vez allí dentro tenía mucho trabajo, o es que para el ventero, dada la naturaleza de su clientela, hombres que pasaban mucho tiempo a solas en la ruta, una chica joven y bonita era una tentación. Ellos hubieran preferido tener a la chica como camarera más que a un ventero gordo y sudoroso.

La mañana amanece después de una noche tranquila de sueño reparador. Valentín y Milton, han desayunado y han hecho provisión de alimentos para la siguiente etapa que puede ser muy larga antes de encontrar otro refugio tan bueno como el que ahora abandonan guiando su carreta. Los dos llevan en su retina la imagen de la ayudanta de cocina, desnuda, abrazada a ellos bajo las sábanas. Están contentos. Las cosas, hasta ahora, van saliendo bien. Durante el camino han ido intercambiando algunas de sus mercancías a cambio de lo que han ido necesitando para su alimentación

y su descanso. La carreta está en perfectas condiciones tras las largas rodadas, y las mulas parecen disfrutar de la caminata. Todo está bien.

El sol calienta de firme, y en la extensa planicie que ahora recorren, el único signo de vida son las nubes de polvo que levantan los cascos de las caballerías y las ruedas de la carreta. Todo aparece desierto. A veces el graznido de algún pájaro no ayuda a despejar la impresión de soledad que el paisaje transmite. ¡Hay pájaros de mal agüero! Solo que ahora ellos no están por pensamientos tristes, están eufóricos enumerando los beneficios que les va a reportar aquella aventura y lo que iban a hacer con el dinero. Sueños, sueños, sueños... A lo lejos, la silueta de unas montañas anima el paisaje. Pronto la vegetación aparece cada vez con más frecuencia. Las mulas, sin que nadie las anime, agilizan su paso. Han venteadado el agua. Un riachuelo les sale al paso. Deciden acampar allí, hay agua, hay sombra bajo unos árboles de copiosas ramas, hay tranquilidad, y hay mucho cansancio.

La noche está limpia de nubes y la luna ilumina dueña y señora del espacio. Valentín, envuelto en la manta bajo la carreta, antes de dormir repasa su añoranza por lo dejado atrás. A él le gustaba la vida en el puerto donde había nacido, y había crecido sin ayuda de nadie, huérfano de no sabía quién, pobre, tuvo que espabilar para ganarse la vida lejos de la caridad demandada ofreciendo a la generosidad de la gente la lástima de un niño solo y desamparado. Encontró en aquel peligroso negocio de los robos en la estiba de los barcos, y la venta clandestina, un motivo para vivir, luego aquel desgraciado asunto del intruso en la cueva lo echó todo a perder. Alejarse de allí con tanta urgencia no le había dado tiempo a pensar en lo duro que había sido el cambio de vida. Ahora, en la quietud de las noches, desde su tristeza, tiene constancia de lo doloroso de aquel trance de su vida. Cierto es que la actual aventura junto a Milton no estaba exenta de peligros que estimulaban su sed de vivir cerca del peligro, pero en su fuero interno guardaba la ilusión de volver algún día junto al mar, el que creía su estado natural.

También Milton hacía cuentas de su vida antes de dormir. Mantenía en su mente



la desconfianza hacia su compañero de viaje, no a que fuese una mala persona y esperase algún mal venido de él, pero conocedor de su vida de aventurero, siempre viviendo al filo de la navaja en aquel mundo de marinos y aventureros sin mucho que perder en la vida, le hacía recelar de que en cualquier momento se viesen en el centro de un conflicto peligroso. El había sido el instigador para invitar a la chica de la venta a pasar la noche con ellos en la misma cama, cierto

es que ella no necesitó de mucha insistencia para aceptar, a un más, él creía que ella había acudido a su habitación de manera voluntaria. Pero sin duda hubiera sido muy peligroso si el dueño de la venta les hubiera sorprendido a los tres bajo la misma sábana. Era a esa clase de cosas a las que tenía miedo, pues sin suponer un beneficio para ellos, podían tener malas consecuencias para su negocio.

El sueño les vence y la noche transcurre sin sobresaltos. El sol, en su amanecer, juega a reflejar calidoscopios sobre el agua del arroyo. Es un juego de aparecer y desaparecer entre el ramaje de la arboleda. El agua está fría a aquellas tempranas horas de la mañana, pero el baño les zarandea las brumas del medio sueño y les impulsa hacia un reconfortante desayuno. Las mulas son uncidas a la carreta, la carga bien acomodada

y sujeta. Comienza el camino. El sueño reparador y profundo ha despejado las dudas de la velada, y todo parece invitar a un optimismo, que en ellos, por jóvenes, suele ser excesivo. Vuelve el polvo al camino, vuelve el calor, y vuelve la soledad de un horizonte sin fin.

Todo marcha normal, tal y como habían planeado, durante las largas jornadas. Ellos estaban descansados, y los animales de tiro bien atendidos. Llevaban ya varios días de marcha durmiendo en el carro a una orilla del camino, cuando les sale al paso una venta. Leen el rótulo que corona el portalón de entrada. Aquel era uno de los lugares de confianza de los que habían oído hablar. Desvían el carro del camino y se detienen ante la puerta. El ventero, un hombre bastante joven y de apariencia robusta, les sale a recibir. Le solicitan cobijo para el carro y los animales, y habitación y comida para ellos mismos. Según les dice el hombre llegaban en el momento justo ya que ahora había pocos clientes, de haber llegado mañana no les hubiera podido atender ya que estamos esperando una caravana. Tenemos el establo vacío y las habitaciones libres, pero la despensa está bien surtida. Así pues se instalan dispuestos a pasar unos días que les sirvieran de descanso. El aseo personal también reclamaba su parte de atención.

Se instalan en una habitación más amplia y confortable de lo que cabía esperar de una venta perdida en la inmensidad de aquella ruta de caravanas. Una cama, apta para media docena de durmientes, un armario de cuatro puertas, una palangana, y un par de sillas delante de una mesa, componen el mobiliario de la estancia. Suficiente para ellos dos que lo único que precisaban del lugar era poder dormir en una buena cama. En el patio encuentran lo necesario para un buen baño que les alivia del polvo de tantos días de camino. Luego, aseados, y bien dispuestos de ropa y apetito, se acomodan en una de las mesas del comedor dispuestos a catar las especialidades de la casa. Carne en abundancia, pan, y un vino de fuerte sabor, les alivian de la falta de comida bien cocinada de la cual han carecido durante las acampadas a campo abierto. También allí les sirve la mesa una joven bien parecida, y dispuesta a satisfacer sus necesidades, pero ellos, aprendida la lección, están dispuestos a no hacer caso de los cantos de sirena, y con paso algo vacilante, por el vino, se dirigen, escaleras arriba, en busca de la cama y el sueño.

La noche ha transcurrido en un profundo sueño, y la mañana les recibe con la presencia de un sol resplandeciente, y una gran algarabía en el patio: ¡Había llegado la caravana! Milton, ante aquella melodía de sonidos y olores, siente que se le acelera el pulso y se le calientan las sienes. Ese rechinar de ruedas, el piafar de las bestias, el chispeante golpear de los cascos sobre el empedrado, y el vocear de los muleros, todo, todo lo que supone el trajín de una caravana llegando a puerto, algo que él creía fuera de sus preferencias, ahora, en aquel lugar lejano de todo y de todos, se le revela como algo que llevaba dentro, que era parte de él, y que le atrae hacia un modo de vida en el cual él había nacido; en el cual él había sido amamantado, y destetado, sobre el vaivén constante del rodar de una carreta. Milton siente que una decisión era irremediable: volver a la ruta conduciendo una carreta formando parte de una caravana.

Cuando comunica a Valentín esa decisión, se encuentra, en contra a lo que creía, con la mayor comprensión de su compañero. Era lo mejor que podía suceder en sus actuales circunstancias. Al fin y al cabo, más pronto que tarde se tenían que separar. Ellos dos componían una pareja muy conocida, y yendo cada uno por su lado les sería más fácil pasar sin ser reconocidos. Dice que le deje unas horas para decidir cual sería la mejor manera de separarse. Aunque Valentín, durante aquella conversación, ya había pensado en un plan. Plan que desde ese momento estaba decidido a poner en práctica. No necesitaba ni un minuto más para tomar una decisión, pero quería dar los primeros

pasos por su cuenta; Milton estaba demasiado afectado para pensar con objetividad. Y sin más dilación se dirige hacia los corrales en busca del jefe de la caravana.

- ¡Hola! ¿Dónde puedo encontrar al jefe de todo esto?

El mulero detiene su quehacer y señala hacia un hombre que parece dirigir el tráfico con grandes movimientos de brazos y voces de intimidación. Se trataba de un hombre corpulento, de pelo entrecano, que le situaba en la edad que permite la autoridad necesaria para poner orden en aquella babel de carros, mulas, aparejos, y hombres subiendo y bajando de las carretas cajas y toda clase de bultos. Valentín, no sin dificultad, se llega hasta el jefe de la caravana. Ante el ruido reinante en el lugar, que impide hablar en un tono normal, pone las manos en forma de bocina y llama la atención del hombre.

- ¡Necesito hablar con usted!

Milton seguía impactado por el reencuentro con lo que había sido su vida durante tantos años, cuando Valentín le comunica que todo estaba arreglado. Ellos formarían parte de la caravana hasta la ciudad portuaria a donde se dirigen, y que por casualidad es también nuestro destino.

- ¿Pero cómo...?

- ¡Ah! Esta mañana, cuanto te he dejado, me he encontrado con el jefe de la caravana. Le he saludado, y le he invitado a tomar una copa. Quería conocer detalles de la caravana de primera mano, y qué mejor que tener de informador al jefe. Es un hombre muy atento y simpático. Creo que la autoridad entre su gente no tendrá que imponerla, la autoridad se desprende de él como una cosa natural. ¡Y mira qué casualidad! Hablando, hablando, ha salido tu nombre a relucir, y tu interés en poder formar parte de la caravana, cuando figúrate, este hombre conoció a tu padre. Así, que cuando ha sabido de tu interés, no ha dudado en ofrecernos su hospitalidad.

Valentín hace una pausa en su relato para que su amigo asimile lo que le estaba diciendo, pues parecía estar ausente.

- ¡Despierta Milton! Naturalmente yo he aceptado inmediatamente, pero le he dicho que nosotros dos aportaremos nuestro trabajo durante la travesía, y pagaremos las provisiones nuestras y de nuestros animales, así como también una aportación económica para al fondo de la empresa. El estaba en lo de protestar por mi oferta, pero cuando ha visto los billetes sobre la mesa, ha aceptado mis condiciones. Iremos con la caravana, y si estás decidido a hacerte carretero otra vez, ya es cosa tuya convencer a ese hombre para que te acepte. Y si para ello necesitas de mi ayuda, ya saber que estoy a tu lado.

Al descender de la colina ya se venteaba el olor a mar. La ciudad se divisa en el horizonte marcado por la raya azul del horizonte. Desde allí les llegaban destellos del reflejar del sol sobre la ligera ondulación del agua. Aquel era un mar tranquilo. De ahí el nombre de Pacífico. Las caballerías, presintiendo cerca el pesebre, aprietan el paso, coreadas por los gritos de ánimo de los carreteros. Ellos también estaban



faltos de descanso. Valentín, y el jefe de la caravana, de nombre Rafael, se adelantan

aprovechando el carro ligero que se había incorporado a la caravana en cabeza de la misma. Llegarán antes para preparar todo lo necesario para la llegada de los carros.

Durante las largas jornadas, inmerso en aquel mundo trashumante, Milton ha recuperado la tranquilidad y el ánimo suficiente para plantearle su plan a Rafael. El hombre, desde el primer momento, ha recibido al muchacho, y en recuerdo del que fue su amigo, como a un hijo; así que no estaba en su decisión oponerse a aquella petición. Tener a su lado a un joven que, si había heredado las cualidades de su padre, podría convertirse con el tiempo en su sucesor. El no iba a mantener las energías suficientes para llevar aquel negocio siempre, y el tener a alguien en quien confiarse, suponía una tranquilidad de la que empezaba a carecer ya que no tenía familia. El trabajo de caravanero era muy absorbente, y no dejaba tiempo para otras cosas que no fuesen las propias de aquel oficio. Hoy aquí, mañana allá... Así que aceptó de buen grado que Milton pasase a formar parte de su equipo.

El puerto, lugar al que acaban de llegar Rafael y Valentín, es un hervidero de personas, animales, y mercancías en un ir y venir constante. Aquella frenética actividad se correspondía con la llegada de algún barco mercante, o la próxima salida de otros. Valentín siente que está en su ambiente. No puede olvidar que él se había criado en un lugar como aquel. El olor a salitre, a mercancías de todo tipo, a descomposición de aquellas que se maceraban al calor del sol, o bajo escarchas acumuladas sobre ellas en las frías madrugadas de aquella latitud. El sudor de estibadores, el relincho de caballos azuzados por el látigo en una competición por acarrear más mercancías desde las lonjas hasta el costado de los barcos donde, sobre sudorosas, y a veces ensangrentadas espaldas, hombres, esclavos de aquel incesante trajín, las subían por las vacilantes escaleras hasta la cubierta. Arriba, los marineros las arrastraban hasta la bodega.

Rafael, ajeno a las emociones de su compañero, se dirige hacia los almacenes donde deben preparar espacio para descargar las mercancías que llegaban en sus carros. Luego buscará a los asentadores que le volverán a cargar los carros con nuevas mercancías que harán el camino contrario al que habían hecho ahora. Un ir y venir constante. Hoy aquí, mañana allí... Hay saludos sinceros de alegría. Nadie allí ignora los peligros a los que está expuesta una caravana por los caminos desiertos de la estepa. El caravanero era un hombre respetado por su seriedad y honradez en los negocios, y no le faltaban clientes que le confiaban sus mercancías con total confianza. En unos pocos minutos coloca sus mercancías en los lugares que sus clientes tenían reservados, y consigue mercancías suficientes para llenar a tope todas sus carretas. Un buen día, y un buen negocio. Aunque todo queda pendiente de la llegada de la caravana, quiere que Milton sea testigo, desde aquel mismo momento, de las gestiones que debe hacer un jefe de caravanas en cada puerto en el que trabajasen.

Los dos amigos tienen que hablar sobre su futuro a partir de ese momento. Milton ya tiene claro el suyo al lado de Rafael. Quiere ser caravanero, algo que en un momento de ofuscación, debido a su corta edad, despreció, y que ahora, después del encuentro con aquella caravana, y los días vividos durante la marcha, tiene decidido que aquella es la vida que quiere llevar. Pero, ¿qué hará Valentín? Este también lo tiene decidido: se queda en aquel puerto. Aquella había sido la primera vida que recuerda, y quiere que sea igual para siempre. Solo queda repartir el botín que llevaban en el carro. Milton tendrá parte del dinero en efectivo. Con él comprará una carreta nueva y todo lo necesario para incorporarse a la caravana sin ser una carga para el dueño. El resto del dinero, se queda con Valentín. Seguro que él sabrá sacarle provecho.

Valentín ha quedado solo. Milton se había marchado con la caravana a una nueva singladura, y él ahora tenía que comenzar la suya propia solo. La ciudad portuaria

difería poco de aquella en la que él se había criado. Tal vez un poco más grande, pero el puerto y sus alrededores eran idénticos en todas partes. Las gentes, y sus actividades, también. El se encontraría allí como pez en el agua. Se hallaba hospedado en un hotel en el centro de la ciudad. Había adquirido nueva ropa y, ahora, su aspecto era el de un hombre de negocios. Así, cuando fuese hasta el puerto a echar un vistazo, nadie podría ver en él al antiguo rufián de los muelles. Ahora era todo un señor. Alguien en quien se podía confiar. Y él pensaba sacar buen provecho de aquello.

El dinero que llevaba en las alforjas, el que resultó del reparto con Milton, lo ingresó en un banco local, lo que supuso una cuenta importante a su nombre, y que le convirtió en un nuevo vecino adinerado de la ciudad. Eso convenía a sus planes. El quería dedicarse a un negocio honrado. Todavía no tenía claro a cual, pero desde ese momento tenía que pensar en ello, no le convenía estar mucho tiempo sin dedicarse a algo provechoso y que le pusieran fama de rentista haragán. Aunque tenía claro que el negocio tendría que estar dentro del mundo que él conocía muy bien. ¿Un hotel?

No era una mala idea lo del hotel. El se desenvolvía muy bien en el ambiente que, un ir y venir constante de gente, se vivía en un establecimiento hostelero. Conocer gente de distinta procedencia, y de conversación fácil, le iba a permitir estar siempre bien informado de lo que pasaba en el mundo más cercano, y también en el más lejano, y eso a él le convenía. La información era poder, más para quien como él tenía unos



cimientos de barro siempre bajo el peligro de que se disolviera mandándole otra vez a un mundo infernal al que no quería volver. Sin embargo presentía que tampoco podría vivir feliz lejos de los muelles y su vida de inquietudes e incertidumbre. El filo de la navaja era un lugar en el que se encontraba a gusto. Desde un hotel propio podría coquetear sin peligro en los dos mundos. Mañana comenzará a

indagar para encontrar el lugar idóneo para establecerse.

Por la noche entretenía las horas en una mesa de juego en el salón del hotel. Eran partidas tranquilas entre gente burguesa de la ciudad. Un médico, un notario, y hasta algún rentista que había tenido suerte en una mina de oro, eran habituales en la partida. Entre ellos Valentín se encontraba como si en realidad perteneciera de toda la vida a aquel círculo social. Pese a su juventud, nadie dudaba de la veracidad de su historia. Había contado, sin salirse de la verdad, que él había estado dedicado al negocio del transporte. Un constante ir y venir por los caminos al mando de una caravana bajo las inclemencias del tiempo. La lluvia, el viento, la nieve y el implacable sol, era un tormento constante. Un día decidió que ya estaba bien de viajar. Vendió las carretas, traspasó el negocio, y con el dinero que le quedó, se vino a la ciudad donde pensaba comenzar una nueva actividad sedentaria. Ellos, hombres de ciudad, habían alabado su decisión. Alguno, más desconfiado, hizo indagaciones para saber el montante de aquellos dineros. Al comprobar que el capital era importante, se disolvieron sus dudas. Valentín era uno de los suyos.

Esa parte de su trabajo, el introducirse en la buena sociedad de la ciudad, ya estaba hecho. Había conseguido que le invitaran a las mejores mesas, alternaba con importantes ciudadanos que no le negaban ni el saludo ni la invitación. Una vez logrado

aquello, ahora tocaba ocuparse de la parte material: el hotel. La búsqueda comenzó por la parte nueva de la ciudad. Allí se estaban construyendo nuevos edificios con extensos locales en la planta baja, que podrían servir para otro tipo de negocio, pero no para un hotel, esto requería de todo un edificio. Cuando vio que allí le sería casi imposible lograr un local adecuado a su búsqueda, decidió hacerlo en el territorio que quedaba entre el centro de la ciudad y la zona portuaria, allí le iba a ser más fácil encontrar algún edificio en buen estado para instalarse. Eran muchos los que abandonaban la ciudad en busca del oro. Y con uno de aquellos aventureros conectó Valentín. El hombre regentaba una pensión antigua en bastante mal estado de conservación, pero él le vio muchas posibilidades. Claro que tendría que hacer una completa transformación, pero el edificio era grande y reunía las condiciones necesarias para convertirlo en un buen hotel.

Valentín se trasladó a vivir a aquel edificio recién adquirido. El personal empleado en la antigua pensión, quedó a su servicio hasta que fuese terminada la restauración y abierto el nuevo hotel. Un ala del edificio, aquella que había servido de vivienda al anterior dueño, se encontraba bastante bien para una vivienda provisional. Desde allí le iba a ser más fácil dirigir y controlar al ejército de carpinteros y pintores que pronto invadirían aquel lugar. El quería un hotel nuevo, pero no un hotel moderno como los que había visto en la parte nueva de la ciudad, tampoco quería uno tan pomposo como en el que se había alojado; él quería un local sólido, cómodo, y que resultase con un ambiente hogareño. Sus clientes deberían encontrarse allí como en una segunda casa. La situación, una especie de frontera entre los muelles y la ciudad, sería el lugar más solicitado por marinos y viajeros que tuviesen que permanecer allí algunos días. A aquellas gentes no les gustaba perder de vista el barco donde unos días después tendrían que embarcar. Desde el porche y la terraza, se tendría una perfecta visión del puerto y sus alrededores. A él, aquello también le haría mucho bien.

El día de la inauguración del hotel, en la fachada lucía un hermoso cartel: “Hotel El Porvenir”. El salón se vio muy concurrido, tanto por sus amistades del centro de la ciudad, como de la gente del puerto que acudían a ver como había quedado la reforma, que a tenor del gran movimiento de trabajadores que se habían visto allí, debería de ser muy importante. Las expectativas de quienes acudieron allí en ese día no quedaron defraudadas. La recepción, tal y como el dueño había deseado, daba la sensación de elegancia y modernidad, pero sin pasarse en ninguno de esos aspectos. Se había conseguido el resultado de que todos, unos y otros, se sintieran a gusto. El salón tenía una barra enorme que ocupaba toda una pared del mismo, y suficientes mesas como para admitir medio centenar de comensales. Además, en la planta baja, se encontraba la sala de juego, cosa esta imprescindible en cualquier hotel en un lugar como aquel. Arriba, las habitaciones ofrecían la comodidad necesaria para conseguir un buen descanso a sus ocupantes. Los muebles, y el papel de las paredes, eran igual a lo que se podía encontrar en cualquier domicilio familiar, nada de lujos ni estridencias. Valentín terminó aquella primera jornada satisfecho. ¡Lo había conseguido!

Los días transcurrían en la normalidad de un hotel entre la frontera de una ciudad en expansión, y un puerto con un constante ir y venir de barcos. El tránsito inacabable de mercancía y de personas llenaba las calles por completo: carretas llenas rumbo al puerto, otras buscaban la ruta de las caravanas después de haber recogido las mercancías llegadas en los barcos rumbo a las ciudades del interior. Todo este trajín hacía que el hotel estuviese lleno de clientes la mayoría de los días. Y los sábados por la noche, la sala de juego acogía a un buen número de aquellos marinos y viajeros frente a las mesas de tapete verde.

Una vez normalizada la vida, Valentín notó la soledad. Tenía su domicilio en una habitación del hotel que ocupaba un espacio separada de las destinadas a los clientes en un ángulo de la primera planta. Los empleados, fuera de servicio, se hospedaban en la casa, a espaldas del hotel, que en su momento fue la casa del antiguo dueño. A él le atendía una criada mayor, recomendada por la dueña del hotel donde primero se hospedó al llegar a la ciudad y con la que mantenía una buena amistad a pesar de la competencia de sus respectivos negocios. Sin embargo se había aburguesado, y empezaba a añorar la clase de vida que aquellos mantenían: una casa, una mujer y unos hijos. En definitiva, un hogar. En eso también le iba a ayudar su amiga hotelera. Le puso en contacto con la hija de un próspero comerciante que en más de una ocasión le había expresado la buena impresión que le había causado el nuevo hotelero. Catalina se llamaba la muchacha. Ambos sabían que no podían espirar a nada más, pues aunque la gente de la buena sociedad le habían invitado a sus casas, nunca les aceptarían como unos más de sus miembros. El era un nuevo rico cuya fortuna tenía un origen plebeyo, y ella tenía un padre que había medrado a costa de la decadencia de muchas de aquellas familias. Pronto se acordó el casamiento, y la pareja pasó a ocupar la otrora solitaria habitación del hotel, bajo la protección de la fiel sirvienta.



El negocio funcionaba viento en popa, y apenas un año después de la boda, nació su primer hijo al que pusieron de nombre Genaro. Los días y los años fueron pasando entre el jaleo del negocio y la preocupación por Genaro. Unas veces era porque creían que el niño crecía poco, otras porque no ganaba el suficiente peso, otras la fiebre y otras cosas más, Lo cierto es que nada de ello se salía de lo normal en la conducta de cualquier padre. Pero algo iba a enturbiar la felicidad de aquella familia. Un día, Catalina, comenzó a encontrarse mal. Su mal comenzó a ser un misterio para todos, incluso para los médicos que la visitaron. La enfermedad no presentaba ningún síntoma que la caracterizara. Solamente una progresiva flojedad y decaimiento de su ánimo eran visibles, pero ninguna pista sobre lo que originaba aquel estado que la iba consumiendo, y empujando sin remedio a un próximo y fatal desenlace. Y éste llegó tan solo unos meses después. Allí quedaron Valentín y Genaro solos al cuidado de la sirvienta que pasó a ser, por dejación del dueño, la guía de aquella casa, y su amiga hotelera que pasaba mucho tiempo con el niño. Hasta hubo quien pensó que ambos iban a casarse, pero nada de eso ocurrió. Pasaron unos años, y Valentín decidió enviar a Genaro a estudiar a la lejana Europa.

El hotelero, ahora solo, pasaba las horas sentado a la puerta de su negocio mirando sobre la línea del mar la lejanía, imaginando cual sería la vida que llevaría Genaro allá en el otro extremo del océano. Pronto terminará los estudios y regresará para hacerse cargo del negocio, él ya estaba mayor y cansado. Era la hora del relevo. Hace unos días, en la última carta recibida, su hijo, le anunciaba la fecha de su posible regreso, sería a finales de Agosto. En Europa sería pleno verano, y aquí invierno.

Cada tarde, baja hasta el muelle contando los pasos que le separaban del lugar donde atracaría el barco que traería de vuelta a su hijo. Habían pasado tantas cosas en su vida. ¿Qué sería de su compadre Milton? Estuvieron unos años viéndose cuando la

caravana de aquel llegaba a la ciudad, pero desde hacía algún tiempo, cambió de ruta, y no sabía nada de él. Fue durante bastante tiempo lo único parecido a un familiar. Ahora su familia, desmadejada desde la muerte de su mujer, y el viaje de Genaro, iba a reconstruirse.

Esta mañana, ha escuchado la sirena del barco que trae a Genaro. Baja corriendo hasta el muelle donde ya el barco había atracado, y los pasajeros empezaban a bajar a tierra. Allí estaba su Genaro. Parece que viene acompañado de una chica. No importa, Valentín, abre los brazos, y recoge en ellos a su hijo pródigo.

.- ¡Padre! ¡Ya estoy de vuelta!



Continúa
3.- Carlitos